



EL ENCARGO DEL MAESTRO GOYA

X
PREMIO
DE NOVELA
HISTÓRICA
CIUDAD
DE ÚBEDA

Santander, 1810.

Una joven pintora acepta una arriesgada
misión en plena guerra napoleónica

ELENA BARGUES

Pàmies

ELENA BARGUES

EL
ENCARGO_{DEL}
MAESTRO
GOYA



Pàmies

Primera edición: noviembre de 2021

Copyright © 2021 Elena BARGUES CAPA

© de esta edición: 2021, ediciones Pàmies, S. L.
C/ Mesena, 18
28033 Madrid
editor@edicionespamies.com

ISBN: 978-84-18491-59-7
BIC: FV

Diseño e ilustración de cubierta: CalderónSTUDIO®
A partir de un fragmento de la obra *Santa Isabel de Portugal*, de Francisco de Zurbarán
Fotografía de la modelo: Nomadsoul1/Depositphotos.com

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

ÍNDICE

NOTA DE LA AUTORA

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

CONTENIDO ESPECIAL

Este galardón se lo dedico:

*A mis incansables colaboradores: este premio es tanto vuestro como mío.
A mis lectores, que me habéis animado a no desistir con vuestros comentarios.
A mi familia, que me arropa, con entusiasmo, en esta aventura.*

NOTA DE LA AUTORA

El título de la novela y la trama se deben a la curiosa historia de un cuadro: *Santa Casilda*, de Francisco de Zurbarán. Este lienzo, que hoy forma parte de los fondos del Museo del Prado, se cree que, por sus medidas —184 x 98— y su temática, pertenecía a una serie de cuadros de santas que pintó el maestro para el Hospital de la Sangre de Sevilla y que sufrió el pillaje napoleónico.

Desapareció del hospital, y se desconoce el paradero hasta que reaparece inventariado en 1814 en el Palacio Real, en la Sala de la Chimenea. En 1828 pasó a formar parte de la colección del Museo del Prado.

Era costumbre en el siglo xvii que las jóvenes de la alta sociedad sevillana desfilaran en las procesiones con los atributos de santas. Zurbarán retrató a algunas de estas jóvenes —de ahí la riqueza de los ropajes y de las joyas con las que se engalanaban y queregonaban la importancia de la familia— para una serie de cuadros que le habían encargado para el hospital con unas medidas específicas. Por esta razón, se sabe que el lienzo de *Santa Casilda* sufrió, en algún momento, un percance, pues ha perdido más de diez centímetros en el ancho del margen izquierdo.

Debo señalar que la santa del retrato, al que hago referencia en la novela, estuvo identificada como santa Casilda hasta una fecha reciente en la que han considerado que es mucho más probable que se trate de *Santa Isabel de Portugal* —título con el que figura actualmente—. Cuando Zurbarán representa a la joven princesa mora, la pinta muy joven, casi niña, con el cabello suelto y sujeto por un hilo de perlas (*Santa Casilda*, colección particular, Barcelona). Por el contrario, la santa del Museo del Prado es una dama de más edad y de porte majestuoso, viste atuendo áulico y lleva una corona real.

La confusión se debe en parte al «milagro de las rosas» común a santa Isabel de Portugal, a santa Casilda y a san Diego de Alcalá.

Si a la rocambolesca historia del lienzo le añadimos la propia historia de santa Casilda, poco más tuve que añadir de mi cosecha para confeccionar una narración que espero que esté a la altura de la expectativa del lector.

1

MAYO DE 1810

Mercedes cambió de postura otra vez. Al cabo de una hora ni el cojín más grueso conseguía amortiguar el impacto del camino en sus huesos, sin tener en cuenta que el ladrillo sobre el que descansaban sus pies, abrigados con caros botines forrados de borrego, estaba tan frío como el aire que respiraba. No se habían atrevido a llevar un brasero por miedo a que se incendiase el coche con tanto traqueteo.

—A ver si paras de una vez —gruñó Salvador adormilado.

Mercedes resopló al tiempo que volvía los ojos al techo del carruaje. Todavía se preguntaba cómo se había dejado convencer por su hermano para realizar un viaje tan peligroso. Marta, más lista, se había echado sobre el asiento, tapada con la manta y con las piernas encogidas. La cabeza descansaba sobre el regazo de doña Elvira, y dormía el sueño de los justos. El cabello, castaño claro, lo llevaba recogido en un moño alto, y dejaba despejado el rostro de piel blanca en el que destacaban la nariz recta y bien proporcionada y unos labios rojos y bien perfilados. Era la belleza de la familia.

Hacía más de una semana que habían salido de Madrid, escoltados por una columna de soldados franceses que se desplazaba a Valladolid. Desde allí, siguieron solos hasta Palencia. Salvador viajó en el pescante junto a los dos cocheros que habían contratado, y ellas con las pistolas a mano. Los campos y los páramos estaban poblados por las guerrillas, los desertores y los bandoleros. La guerra se había convertido en la pesadilla de cualquier español. En Palencia perdieron un par de días para unirse a una caravana militar de abastecimiento que se dirigía a Reinosa, con tan mala suerte que los sorprendió una gran nevada primaveral. El sentido común recomendaba esperar a que pasara el temporal y se derritiera la nieve, pero el avituallamiento no podía retrasarse, y salieron detrás de él encomendándose a Dios.

La constante presencia de los soldados la ponía nerviosa: las miradas, algunas frases sueltas, pero eso era mejor que el tramo que realizaron en solitario. Fue tan tenso que acabaron agotados. Mercedes y su hermana se cubrían la cabeza

con la capucha de la capa cuando bajaban del coche, pero a los hombres tanto les daba que fueran guapas o feas: eran mujeres españolas, y con eso bastaba. Habían pasado noche en Herrera, en una posada de postas, y, ahora, ascendían a la cordillera por el Camino Real hacia Reinosa, tras una breve parada en Aguilar.

Cuando Salvador propuso el viaje, Mercedes se negó en redondo; sin embargo, su hermano arguyó muy bien en su favor: que si ya era primavera; que una columna salía hacia Valladolid y podían viajar bajo su amparo; que no debían dejar escapar la oportunidad, pues necesitarían el dinero si la guerra se prolongaba... Este había sido el quid de la cuestión: el dinero; y, de rebote, el encargo de Goya, que coronó el pastel. El propio maestro solucionó cualquier impedimento, como el del coche y los cocheros. El maestro se había enterado de que el general Barthélémy buscaba un coche adecuado para los desplazamientos de su esposa y, de este modo, se lo hacían llegar.

Mercedes había quedado bien provista a la muerte de su marido, pero no había sucedido lo mismo con sus hermanos a la muerte de su padre —el gobierno de Bonaparte no reconocía ninguna pensión a los militares muertos el 2 de mayo, se los consideraba traidores—, y se encontró manteniendo a sus dos hermanos. Pero la fábrica de paños había sido requisada por los franceses para abastecer a las tropas de uniformes, y, aunque pagaban bien, la materia prima comenzó a escasear y los trabajadores se ausentaron para atender a sus familias o bien, para alistarse en el ejército patriota. Actualmente, la fábrica permanecía cerrada, a la espera de tiempos mejores.

La noticia del fallecimiento de la tía Herminia, hermana de su padre, y el aviso del abogado sobre la herencia que les correspondía ante la ausencia de hijos de aquella supusieron un alivio hasta que se dieron cuenta de que había que desplazarse al norte para tomar posesión de esos bienes. Salvador lo propuso e insistió, pero quien realmente los empujó fue don Francisco de Goya, pintor de la corte y maestro de Marta. Los convenció, pero ahora, en plena aventura, Mercedes cobraba consciencia de la insensatez que estaban cometiendo.

La necesidad de moverse era muy grande, el traqueteo del carruaje la estaba matando, pero temía que Salvador se enfadara si lo despertaba otra vez. Era cuatro años mayor que ella y, tras una demora de dos años, había terminado los estudios de leyes. Según él, el esfuerzo había sido tan grande que se merecía un año sabático, desoyendo las quejas de su padre, que había consagrado su

sangre a la milicia. El levantamiento de mayo y la muerte del progenitor fueron las nuevas excusas de Salvador para haraganear y, suponía, para calentar lechos de viudas, y no deseaba enterarse de quién más. Salvador, físicamente, era más parecido a ella que a Marta. Le faltaba altura, pero era delgado y elegante en el movimiento y las maneras; de pelo castaño y ojos marrones, muy del Mediterráneo; destacaba en la esgrima, en los naipes y en la buena vida. En otras circunstancias, no le hubiera importado a lo que se dedicara, pero estaba Marta, sordomuda de nacimiento. La casa paterna le correspondió al primogénito y único varón, y la vida disipada que llevaba no era lo más apropiado para su hermana, así que la invitó a vivir con ella en Segovia.

Y allí deberían seguir, si no hubiera sido por la carta que había recibido Salvador, a quien faltó tiempo para personarse en su casa y proponer semejante locura. Por si no hubiera sido suficiente, don Francisco se presentó una noche, envuelto en el mayor de los secretismos, y les confió la causa de sus desvelos: había recibido la orden, como pintor de la corte, de seleccionar cincuenta obras de siglos pasados para enviarlas a París, para mayor gloria de Francia. Aparte del flagrante robo al patrimonio español, que indignó al maestro, y al que, como funcionario, no podía negarse, lo que verdaderamente lo inquietó fue una obra en concreto: Santa Casilda, de Francisco Zurbarán, un pintor extremeño muy prolífico del siglo anterior que se dedicó a dejar plasmado sobre lienzo monjes, cristos crucificados, vírgenes y santos, para retablos de innumerables iglesias y monasterios, tanto de la Península como de los virreinos americanos.

Don Francisco desenrolló un lienzo con las mismas dimensiones del cuadro en cuestión y apareció el esbozo, o lo que Marta llamaba «infrapintura», en tonos ocres, de una muchacha de la alta sociedad sevillana, a juzgar por la riqueza de los ropajes que vestía, y mostraba un manojo de rosas entre los pliegues de la falda. Cuando el maestro les narró la razón de su santificación, Mercedes no pudo evitar el recuerdo de santa Isabel de Portugal, y pensó que el Señor no se caracterizaba por la imaginación a la hora de ofrecer sus milagros.

Santa Casilda era hija de un emir árabe de Toledo, allá por el siglo XI. Convertida al catolicismo en secreto, suministraba alimento y consuelo a los prisioneros. Algún envidioso la delató ante su padre, y este interceptó su paso y le exigió que le mostrara lo que llevaba escondido en los pliegues de la falda: los alimentos se habían trocado en rosas. Tiempo después, la joven cayó

enferma y el emir pidió permiso al rey cristiano para que dejara pasar a su hija, con un pequeño séquito, al famoso pozo de San Vicente, en Briviesca, donde se bañó y se curó. Casilda, agradecida, se quedó a vivir cerca de allí como eremita hasta su muerte.

Mercedes suspiró ante ese recuerdo, muy bonito, aunque la religión la hastiaba: se vivía tan a flor de piel, estaba tan enraizada en las costumbres, en el lenguaje y en el pensamiento, que las misas, los rosarios y demás zarandajas la asfixiaban. Creía en Dios porque el mundo existía, pero no comprendía tanta resignación y tanto dolor si la propia vida ya te lo proporcionaba en grandes cantidades.

Observó a Marta, dormida y sumida en su mundo silencioso. No le gustaba en absoluto que don Francisco le llenara de tonterías la cabeza, que le diera esperanzas. Les explicó que ese cuadro era especial, que había que evitar que saliera del país, que había que recuperarlo, y se le había ocurrido que Marta, su alumna más aventajada, lo falsificara; de hecho, su hermana ya había realizado otras falsificaciones para personas de la nobleza que deseaban guardar de la rapiña las obras originales.

Antes de empezar la invasión ya merodeaban saqueadores de arte, como Jean Baptiste-Pierre Le Brun, quien las adquiría a buen precio y las sustraía del país a escondidas. Con la invasión, la rapiña se hizo oficial con un decreto el 20 de diciembre de 1809, bajo el argumento de salvar el arte. Se formaron comisiones dirigidas por Frédéric Quilliet con el fin de localizar las obras más importantes en monasterios, edificios públicos y palacios reales. Se sirvieron del Diccionario histórico de las Bellas Artes, de Ceán Bermúdez, publicado en 1800. Así fue como Marta se inició en la falsificación, no con carácter delictivo, sino para preservar el patrimonio.

Para este encargo en concreto, al carecer del original, don Francisco le había llevado una muestra con los colores y de cómo era el resultado final. No importaba que no fuera idéntico: se trataba de que no lo echasen en falta hasta que se encontrasen en manos del receptor, que bien podía ser un lego en arte y no descubrirlo. Había oído que los generales franceses, muchos de origen humilde, carecían de educación y solo les importaba la suma de dinero que les reportaría la venta.

La familia Velarde se hallaba en deuda con el maestro, ya que, aunque no le gustaba la enseñanza, había aceptado el pupilaje de Marta a pesar de ser mujer, siempre y cuando se mantuviera en secreto. Nunca esclarecieron si por

afinidad con la sordomuda, pues Goya se había quedado sordo a causa de una enfermedad, o por la impresión que le produjo la habilidad de la muchacha. Y una cosa llevó a otra, y don Francisco, con su elocuencia, porque él mismo también lo creía, había atrapado a Marta en una esperanza disparatada: el lienzo, que se hallaba en el Hospital de la Sangre de Sevilla, era conocido por haber sanado a varios enfermos que rezaban habitualmente ante él. Uno de ellos, que había quedado sordo al reventar un cañón, había recuperado el sentido perdido.

Notó el silencio que los rodeaba y se asomó a la ventana. Se extrañó al no divisar los carros de abastecimiento ni la escolta militar. La nieve, virgen a los lados, aparecía pisada y sucia en el camino por las rodadas de las pesadas carretas, señal de que habían pasado por allí. En un principio, el oficial se mostró renuente a permitirles que se sumaran a la columna; sin embargo, Salvador lo llevó a un aparte y consiguió convencerlo, siempre y cuando se mantuvieran los últimos. Al parecer, los cocheros se habían distanciado de la tropa en aquel tramo en el que el valle se estrechaba, la cuesta se pronunciaba y los montes parecían más cercanos.

—Salvador —acompañó la llamada con un codazo—, averigua qué sucede. Hemos perdido de vista a los militares.

—Mmm. Ya voy —respondió espabilando de pronto.

Tocó con la pequeña aldaba para que se detuviera el coche. Marta y doña Elvira se despertaron al notar movimiento en el receptáculo.

—Aprovechad para aliviaros mientras hablo con ellos —sugirió Salvador a la vez que abría la puerta y entraba el aire gélido de la montaña.

El asunto de las necesidades era bastante complejo con los soldados pendientes de ellas, así que aprovecharon la soledad antes de alcanzarlos. Además de las gruesas capas de lana, se habían provisto de bufandas, con las que se embozaron para descender del coche. Debajo llevaban cómodos vestidos de viaje y medias de lana embutidas en los botines para resguardarse del frío y de la nieve. Se retiraron detrás de una peña por el lado que menos nieve acumulaba para no hundirse demasiado y mojarse las faldas. Se ayudaron para agacharse y mantener el equilibrio mientras se aliviaban, y se aguardaron a recomponerse antes de abandonar el amparo del peñasco.

Mercedes oyó el resuello de más caballos y pensó que algunos soldados habían vuelto grupas para ayudarlos. Cuando estuvieron listas, salieron de detrás de la peña al camino. La bufanda con la que se embozaba se le resbaló

sobre la capa.

—¿Su familia? —preguntó un hombre sin uniforme que apuntaba con una pistola a Salvador. Los compañeros, mal vestidos, peor aseados, de gesto hosco y sobre el caballo, encañonaban a su vez a los dos cocheros.

Instintivamente, Mercedes buscó la pistola que llevaba cebada en el ridículo, debajo de la capa de piel y oculto a la vista de los hombres. Una idea absurda, pues ellos eran ocho, pero le daba confianza para afrontar lo que fuera.

Antes de llegar al coche, estalló el infierno un kilómetro adelante, a juzgar por el sonido: gritos, disparos y relinchos resonaron ampliados por el eco de las montañas. Se miraron asustadas al comprender que una guerrilla atacaba a los franceses.

—¡Rediez! ¡Los lebaniegos! —exclamó uno de los hombres que seguían a caballo.

—¡Vamos! ¡Rápido! La bolsa, si no quiere que secuestremos a una de las mujeres —apremió el que apuntaba a Salvador, quien metió la mano en el bolsillo, sacó una bolsa y la arrojó a los pies del hombre.

—¡Más! Lo que ha escondido. Esto son las migas para los ladrones. ¿Acaso se emprende un viaje con la familia sin dinero? ¡Dese prisa! —ordenó, visiblemente nervioso.

Dos de los hombres a caballo se aproximaron hacia ellas, que se juntaron más. Mercedes apretó la culata de la pistola, dispuesta a disparar si fuera necesario. Doña Elvira era cuarentona, y se notaba la edad. Marta iba bien embozada, así que los dos hombres centraron la atención sobre su persona. Salvador soltó un reniego.

—¡Ni se les ocurra tocarlas! —gritó, frenético—. Está en uno de los baúles —confesó.

El desconocido echó una ojeada al voluminoso equipaje.

—¡No lo dirá en serio! —objetó el hombre con impaciencia—. En ese caso, nos llevaremos a una de las mujeres y nos enviará su rescate.

—¡No! —gritó Salvador, exasperado, e hizo amago de lanzarse sobre el desconocido, pero las escopetas de los compañeros lo disuadieron.

—¡Pedro! Coge a una de las mujeres. Dentro de tres días lo espero aquí mismo con dos mil reales.

—Llévese el baúl —ofreció Salvador.

El bandolero ni se molestó en contestar tan absurda idea, sino que prestó atención al sonido creciente del chacoloteo de caballos al galope e hizo una

señal a los dos que las vigilaban.

—Tiene dos opciones: se viene por las buenas o le disparo en un pie a la niña y se viene igualmente —amenazó el que estaba más cerca.

Mercedes, consciente del nerviosismo de los asaltantes por la llegada de tropas, aunque se ignorase si eran españolas o francesas, optó por mantener a salvo a los suyos y aceptó la mano mugrienta que le ofrecía el hombre, con la que la izó a pulso y la sentó delante de él. El miedo quedó borrado por el tufo de sudor, de cuero y aliento agrio del individuo, quien arreó el caballo y salió al galope.

Detrás quedaban los gritos y maldiciones de Salvador, y la mirada de angustia de Marta. Con un puño en la garganta, no se abandonó a la desesperación ni al temor; por el contrario, evaluó rápidamente las posibilidades con una mano sobre la culata de la pistola. Al menos, no habían tenido tiempo de registrarla, aunque, tarde o temprano, lo harían. De momento, la necesidad de alejarse del escenario de los hechos le permitió elaborar planes, a cada cual más alocado, para escapar o dejar la piel en el intento.

Llegó a la conclusión de que cuanto más se alejaran más le costaría regresar al camino y de que no se le ofrecería mejor oportunidad que en plena fuga, cada uno ocupado en salvar el pellejo sin prestar atención a los compañeros. Además, lo agreste del terreno en el que se internaban entre los montes podía favorecerla en la huida.

La acción era arriesgada, y había muchas posibilidades de que perdiera la vida o saliera mal parada, pero, si lo pensaba, se acobardaría y perdería la oportunidad, por débil que esta fuera. Como el caballo acusaba el exceso de peso, se fueron quedando los últimos, y lo consideró una ventaja.

Cerró los ojos, se concentró en amortillar la pistola, tomó aire, se giró entre los brazos del hombre, ocupados en mantenerla sujeta y en las riendas, y, sin sacarla del abrigo de la capa, dirigió el cañón hacia el pecho del bandolero. Por primera vez, lo miró a la cara, barbudo y desaseado, con el gorro de lana calado hasta las cejas. Le sonrió el bandolero al darse cuenta de que lo escrutaba y dejó al aire los pocos dientes que le quedaban, amarillos y negros, por los que se escapaba el aliento fétido. Mercedes oyó el estampido amortiguado por la capa. La sonrisa del hombre se trocó en sorpresa e incomprensión, el caballo relinchó nervioso y se encabritó. Ante la falta de fuerza de los brazos, el bandolero se cayó de la montura y la arrastró, y tuvo Mercedes la suerte de caer encima de él. Al encontrarse sin jinete, el caballo

aflojó el paso y acabó por detenerse.

El resto de la partida, si algo escuchó, pensó que sería fuego lejano y siguió adelante, más pendientes los hombres en las dificultades de los caballos, que se hundían en la nieve, que en lo que sucedía en la retaguardia.

Mercedes se levantó y comprobó que el hombre había perdido el sentido. En ese momento escuchó la alarma de uno de los compañeros del muerto. Sin tiempo para cargar la pistola, echó a andar, hundiéndose en la nieve hasta la pantorrilla, hacia la ladera del monte, que quedaba a la izquierda según subían, y, a grandes trancos, tanto como le permitía el vestido de viaje, comenzó a descender por la pendiente, consciente de que los caballos no podrían seguirla por allí. Los primeros pasos salvaron las dificultades, pero terminó por enredarse con las faldas y bajó rodando en medio de un revuelo de nieve. Afortunadamente, no topó con ningún obstáculo, y, un poco mareada y bastante mojada, logró ponerse de pie.

Divisó, con la mirada todavía borrosa y jadeando por el esfuerzo, a los hombres que habían desmontado e iniciaban la persecución. El único camino que le quedaba era monte abajo, hasta el encajonado valle, y, después, ya vería. No se detuvo a pensar en la estupidez que estaba cometiendo por temor a rendirse, y ya era tarde para eso. Esquivó peñas, evitó arbustos, se arañó, se lastimó hasta que la nieve le fue entrando en los huesos y ya no sintió nada, ni dolor ni escozor. Cada paso que daba le costaba más, pues el frío, además de indoloro, entumecía la circulación. Se negó a dar tregua al cuerpo y llegó hasta el arroyo; observó la dirección del agua y siguió la corriente con la esperanza de que desembocara en el río que los había acompañado parte del camino desde Aguilar.

Al cabo de un rato se detuvo y escuchó. Aparte del ruido del agua, el silencio era total. Arrancó a andar sin decidirse si sentir alivio porque no la perseguían o si mostrar recelo ante la posibilidad de que la esperasen al final de la corriente. Ellos conocían el terreno, y ella no; ellos estaban acostumbrados a orientarse y sobrevivir en los páramos, y ella no. Eso la llevó a considerar otro problema más peliagudo: estaba mojada y carecía de lo elemental para encender un fuego si se le echaba la noche encima. Apretó los dientes y se negó a que los pensamientos discurrieran por ese camino. Debía confiar y seguir adelante, costara lo que costase, hasta que diera con alguna cabaña o algún pastor que se apiadase de ella.

Ignoraba si había avanzado mucho, porque cada vez le costaba más dar un

paso. Mercedes, despreocupada de sus perseguidores, luchaba con tenacidad para no detenerse y se concentraba en el terreno virgen que pisaba para evitar las piedras sueltas bajo la capa de nieve. El arroyo parecía que no llegaba a ninguna parte, pero la impresión de no haberse alejado mucho del Camino Real, cuando se liberó, persistía y la empujaba a no rendirse. Llegó un momento en que se detuvo para tomar aire y levantó la cabeza. El valle se ensanchaba y se abría a un valle mayor. ¿Sería el Camino Real? ¿Lo habría conseguido? La esperanza la reconfortó y le dio ánimos para realizar el esfuerzo final. Entonces, vio al jinete, recortado sobre el blanco manto, entre los álamos, y el tiempo se detuvo, como su corazón.

2

En el exterior del torreón del Infantado, con los Picos de Europa coronados de nieve como fondo, se concentraban los soldados y una docena de húsares de la división militar de caballería, restos del infortunado ejército español que buscaba rehacerse para luchar contra el invasor. Se disponían a salir para asaltar una columna de avituallamiento francesa de la que habían tenido conocimiento por los espías que vigilaban el Camino Real. Esta ruta, que pasaba por Reinosa, les quedaba cerca de su refugio, el valle lebaniego, en el que no se atrevían a entrar el ejército francés ni los josefinos, como denominaban al ejército español que defendía los intereses de José I, el Intruso, y que luchaba junto a las fuerzas invasoras.

Alfonso montó el caballo que le sujetaba un soldado y se dirigió al oficial de infantería:

—Sargento, avance hacia Piedrasluengas. Me adelantaré con los húsares para reconocer el terreno y calcular nuestras posibilidades. —Levantó un brazo y los húsares lo siguieron en dirección a Cervera.

Alfonso sabía que los franceses se consideraban seguros hasta Aguilar, por lo que relajaban la vigilancia. Eligió un cerro para pasar la noche desde el que se distinguía el Camino Real, a la altura del convento de Santa María de Mave.

—¡Tirso! —llamó Alfonso a su asistente. El aliento dejó un rastro de vaho.

—¡Señor! —Acudió un joven a su lado, envuelto en el capote y con la gorra calada hasta las orejas.

Tirso de la Riva era hijo de un pastor de Espinama. El padre de Alfonso lo contrató para que atendiera el ganado, hasta que descubrió una mente inusualmente despierta en el chico y le proporcionó una educación y los estudios de leyes. A la muerte de su padre, Alfonso siguió cubriendo los gastos y Tirso terminó con muy buenos resultados. Eso sucedió el mismo año que regresó herido de Cádiz. Al empezar la invasión francesa, Tirso había escapado por los pelos de las levass forzosas de las tropas josefinas y había buscado refugio en Potes, junto a la partida de militares y rebeldes patriotas que reunió Porlier el año anterior en el valle lebaniego.

El joven resultó un lastre como soldado por su torpeza; sin embargo, la mente aguda y pragmática le vino muy bien a Alfonso para que lo ayudara en la labor de espionaje y en la administración de los recursos de la red que estaba tejiendo para controlar los desplazamientos de tropas enemigas e interceptar los mensajes. Arrieros, vendedores ambulantes, tratantes y pastores, es decir, personas conocedoras del terreno y en constante movimiento se convertían en informadores de lo que sucedía en aldeas y caminos y, sobre todo, de los movimientos de las fuerzas francesas.

—Que nadie encienda un fuego. Atraería la atención de los exploradores franceses. Aguantaremos la helada bajo estos matorrales; organice las guardias y oculte los caballos en la hondonada que hay ahí detrás.

Ya entrada la mañana, divisaron la columna formada por cuatro galeras con escolta y un coche civil en apariencia, ya que podrían viajar en él altos cargos del ejército. En ese caso, conseguir rehenes sería un punto a favor a la hora de liberar prisioneros patriotas. Se retiraron hacia Cervera, donde los aguardaba el resto de la partida: los soldados de infantería, que más parecían una banda de facinerosos por la mezcolanza de su vestimenta. La ocupación francesa les había impedido el acceso a las fábricas textiles, y muchos de ellos carecían de uniformes. Se dirigieron a la subida de Matamorosa, en la que los carros hallarían mayor dificultad para salir de estampida.

Escondidos en la brecha de un arroyo, mimetizados con el paisaje por el color pardo que predominaba en la vestimenta, aguardaron la presa. Los hombres sin insignias ni distintivos, armados con trabucos, no se diferenciaban de los bandoleros, de ahí la confusión entre la población. Procuraban pertrecharse con las prendas y las armas de los franceses caídos, a los que abandonaban desnudos en los eriales: era una cuestión de supervivencia. Las esperas eran lo más duro para los soldados porque daban lugar a pensar, y en la guerra no era bueno: había que actuar sin calibrar el riesgo para no dejar la piel en el ataque. No obstante, desde que formaba parte de la partida lebaniega, las vigiliadas se sucedían inevitablemente, formaban parte de la vida guerrillera.

Cuando les llegó el ruido de los arreos, el bufido de las caballerías por el esfuerzo del ascenso y el chirrido de los ejes, aferraron los fusiles y apretaron los dientes, pendientes de la orden. Alfonso, tenso, se concentraba en los sonidos, y, en cuanto pasaron los dos primeros carros, dio la orden de fuego.

La primera descarga cogió desprevenida a la escolta; cayeron dos soldados

heridos y los caballos se encabritaron. Se abalanzaron sobre los demás al tiempo que desenfundaban los cuchillos para no darles la ocasión de disparar, aunque algunos lo consiguieron con escasa fortuna. El asalto duró unos minutos; se rindieron enseguida ante la superioridad numérica de los españoles.

—Haceos cargo de las carretas y desarmadlos —ordenó Alfonso—. ¿Y el coche civil? —preguntó a uno de los franceses, quien se encogió de hombros y señaló el camino.

—¡Tirso! Organiza todo y regresa a Potes con el botín y los prisioneros. Yo voy en busca del coche con la mitad de húsares.

No perdió el tiempo en esconderse y tomó el camino, más despejado por el paso de la columna, lo que facilitó el galope. Vislumbró el coche detenido y a tres hombres que se afanaban por desenganchar los caballos. No vestían uniforme militar. Según iba aproximándose, distinguió a dos mujeres embozadas que se abrazaban.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó el hombre, nervioso y con la escopeta en alto.

—Hombres de buena fe —contestó Alfonso—. Baje el arma. Venimos a ayudarlos.

—¿Quién me lo asegura? Acaban de asaltarnos y se han llevado a mi hermana para exigirme un rescate. Estamos desenganchando los caballos para salir en su persecución.

—¿Son ustedes de la zona?

—No. De Madrid.

—Se perderán. Yo iré tras ellos. ¿Cuándo tuvo lugar el asalto?

—Se inquietaron cuando oyeron los tiros, y, ante la imposibilidad de conseguir más dinero, se llevaron a mi hermana poco después.

Alfonso no tenía la menor duda de quién era el autor de la fechoría: Manuel García, alias el Torancés, por ser ese su valle de origen. Era una molestia para las partidas de tropas regulares, ya que abusaban de los campesinos, quienes se quejaban a las autoridades de los robos de raciones de boca, de los cálices de las iglesias y, al no ser capaces de distinguir entre los bandoleros y las tropas patriotas, culpaban a las últimas.

—Les dejo dos de mis hombres para que los ayuden a reanudar el camino. —Señaló a dos de los húsares que lo acompañaban y desmontaron para echar una mano—. Yo los alcanzaré con su hermana de regreso. ¿Hacia dónde se

dirigen?

—A Santander. Tenemos asuntos familiares que solucionar —explicó innecesariamente el hombre, totalmente desquiciado ante la imposibilidad de ayudar a la hermana.

—Siga camino y ocúpese de las otras dos mujeres. Yo me encargo de... ¿Cómo se llama?

—Mercedes. Mercedes Velarde —matizó.

Con los cuatro hombres que le restaban se internó en el páramo y siguieron la senda que habían abierto los caballos en la huida. No le sacaban mucha ventaja, y le sería fácil alcanzarlos con semejante rastro, aunque no ignoraba que, en el momento en que vadearan un arroyo, los perdería. Sin embargo, pronto descubrió que el Torancés se debía de sentir seguro, pues comenzó el ascenso hacia la Brañosera. Eran ocho caballos, y uno de ellos, con doble peso, por cómo se hundía en la nieve.

—Avanzaremos con cuidado para no alertarlos de que los seguimos. Mantened tranquilas las monturas —indicó a sus subordinados.

Mientras anduvieran en camino, la mujer no corría peligro, así que podían tomárselo con calma, ya que estaban en desventaja numérica. Los gritos que rompieron el silencio le indicaron que se encontraban más cerca de lo que pensaba. Ignoraba la causa, así que espoleó al caballo, y los húsares lo imitaron. En una revuelta de la subida se le ofreció un espectáculo espeluznante. Uno de los hombres yacía tendido en el suelo y corría ladera abajo la mujer, quien terminó por caerse y rodar hasta casi el río. El Torancés gritó una orden y sus hombres abandonaron la persecución bajo la mira de las armas de los lebaniegos, que se mantenían a una distancia prudencial. Los bandoleros, por descuido, las habían dejado en las monturas.

—¡Ahí la tiene! —gritó el Torancés—. No hay cuentas con nosotros, así que déjenos recoger a mi hombre y marcharnos.

—Le costará el caballo. Lo necesito para la mujer.

—¡Malditas sean ella y toda su ralea! Una mujer no vale un caballo.

—Ya conoce el dicho: la avaricia rompe el saco —sentenció Alfonso.

—No necesita el caballo —insistió el Torancés—. Se habrá roto el cuello o se habrá congelado dentro de un rato.

—Eso es asunto mío, mientras esté viva. Si muere, le costará caro.

El Torancés era ladrón, oportunista y mentiroso, pero no asesino. Al menos no había noticia de ello, así que lo vio marchar. En esa guerra tan compleja

nunca se sabía a quién se podía necesitar en un futuro.

Una vez resuelto el problema con los bandoleros, se centró en la mujer, quien no había dudado en dejar fuera de combate a su raptor y huir a la desesperada por un paraje desconocido. Si no se daba prisa, sucumbiría al frío.

Uno de los hombres, que no la había perdido de vista mientras pudo, le indicó la dirección del río hacia el Camino Real. Recogieron el caballo del caído y deshicieron lo andado sin perder el curso en el fondo del valle, que se estrechaba y ahondaba en la roca. Espoleó a la montura para adelantarse y esperarla al final del tramo, si es que conseguía llegar sin novedad. Aunque admiraba la decisión y el valor con el que se enfrentaba a la desesperada situación, también se preguntaba qué había cruzado por la mente de esa mujer para que prefiriera arriesgar la vida.

Cerca del Camino Real, apostó a los hombres de guardia, pues la probabilidad de que hubiera tropas francesas buscando la columna palentina era muy alta, y se acercó a la salida del valle, lo más próximo a la corriente de agua y en un lugar visible. No olvidaba que la mujer iba armada y que no le temblaba el pulso a la hora de disparar.

Al cabo de un rato la vio avanzar con dificultad, con la cabeza gacha y las faldas en alto para liberar los pies. Por el movimiento, dedujo que se hallaba agotada y que todavía no se había percatado de su presencia. Dio unos pasos más, levantó la cabeza para calcular lo que le faltaba y se detuvo: lo había visto.

Como no se movía, azuzó al caballo para que se aproximara y, cuando llegó a una distancia prudencial, gritó:

—¿Mercedes Velarde?! ¡Me envía su hermano!

Alfonso contempló cómo la mujer se desplomaba en el mismo sitio al que se había anclado. Desmontó y llevó de las riendas al animal hasta ella. Se sorprendió cuando la alzó en brazos y comprobó lo poco que pesaba. No era muy alta, y el hueso fino acentuaba la sensación de delgadez. Le pareció un milagro que hubiera soportado el frío y la marcha por un lugar tan agreste. Se le cayó el chal con el que se cubría la cabeza y descubrió a una mujer joven de rasgos tan perfectos que no parecía humana.

—Lo siento, señorita, pero debo subirla de alguna forma.

Se disculpó con la mujer sin sentido antes de tratarla como un fardo. La dejó boca abajo, cruzada sobre la silla, y se agachó para recoger la prenda, que podría hacerle falta más adelante. Luego, de un impulso, subió él. Le llevó un rato luchar con el cuerpo inerte, colocarlo de forma más cómoda delante de

él y arrear al caballo para reunirse con los hombres. Pero fueron estos quienes acudieron en su busca.

—Los gendarmes de Reinosa rastrean el Camino Real.

—¡Qué fastidio! Esta mujer no está bien, y habremos de llevarla con nosotros. No está en condiciones de montar sola, así que deberemos detenernos para cambiar de montura. En fin, no se puede hacer otra cosa. Volvamos a casa.

El hecho de cargarla con ellos planteó inconvenientes. Las ropas de la mujer estaban empapadas y ella, fría como un témpano. Les acuciaba llegar a Cervera para pasar la noche en la cabaña de Engracia, la mujer de un pastor de Fuentes Carrionas. Ella podría echarles una mano para cambiarla de ropas y mantenerla caliente; en caso contrario, no daba un real por su vida.

Ya había oscurecido cuando llamaron a la puerta de la cabaña. Engracia, mujer práctica, no perdió el tiempo con preguntas vacuas y se hizo cargo de la mujer. Uno de los húsares buscó leña, y avivaron el fuego, por lo que Alfonso salió al exterior: sus pulmones no soportaban el humo en sitios cerrados, así que buscó un lugar para pasar la noche bajo el colgadizo en el que guardaban los aperos de la huerta y servía de leñera. Se cercioró de que los caballos habían abrevado y los dejó trabados y ensillados por si hubiera peligro; sacó la manta y la estiró como lecho, el petate lo usó de almohada y se arrebujó con la capa. No era la primera vez que dormía al raso. Rememoró las largas vigilias sobre la cubierta de un barco, el frío o el calor, según la latitud, y la humedad, una humedad mucho más perjudicial que la de la montaña. Se removió para buscar la postura más cómoda y contempló el humo que ascendía de la chimenea de la cabaña, que lo transportó a sus años juveniles.

Desde muy pequeño le atrajo el mar, y su padre, militar de profesión, lo envió a la escuela de guardiamarinas en Cádiz. El desastre del cabo de San Vicente, en el que la Armada inglesa derrotó a la española, supuso un fuerte revés para la política y la economía coloniales. Personalmente, le defraudó la ilógica política del rey y de su gobierno, que firmaron el Tratado de San Ildefonso con Napoleón, quien los obligó a luchar en unas batallas que no les incumbían a los españoles, como la batalla naval de Trafalgar, en la que participó con veintitrés años y con el grado de alférez.

Todavía arrastraba alguna pesadilla, se despertaba sudoroso y con los oídos ensordecidos por los cañonazos y los gritos de los hombres. La sordera pasajera era un reflejo traumático, y, según recobraba la consciencia, se le

pasaba. Las heridas fueron graves, y salvó la vida de milagro. En lugar de condecorarlo, lo ascendieron a teniente y le ofrecieron la desmovilización con una pensión.

La mayor secuela no fue la pérdida de un ojo ni las feas cicatrices que lucía la parte derecha de su cuerpo, producidas por una miríada de astillas, sino que la inhalación de humo de la madera del barco incendiado le afectase a los pulmones: la menos visible era la que le dificultaba la vida. Reticente a dejarse vencer y a ser considerado un tullido, se ejercitaba en la esgrima y en el tiro al blanco para contrarrestar la pérdida del ojo y realizaba largas caminatas por el monte para recuperar un poco de capacidad pulmonar, pero era lento y se desesperaba en muchas ocasiones. Aun así, no cejaba en su empeño.

Los húsares no tardaron en salir y acompañarlo.

—Nos ha ofrecido un caldo —explicó la tardanza uno de ellos.

El caldo era un agua con el jugo de las verduras. Estaban acostumbrados a la pobreza de las gentes humildes, pero al menos calentaba el estómago.

—La mujer... ¿volvió en sí? —preguntó preocupado.

—No. Engracia ha puesto a secar la ropa que llevaba y la ha dejado bajo unas mantas junto al fuego. En cuanto se entibiara, si despertaba, intentaría darle el caldo.

No podía hacerse más; ahora quedaba en manos de Dios. Al poco rato, los compañeros se sumergieron en un sueño reparador mientras que él permanecía insomne. Hacía tiempo que no abrazaba a una mujer de su nivel social. Desde que había sido herido y había quedado marcado, las señoritas lo miraban con aprensión; lo leía en sus ojos, aunque intentasen ser educadas. Incluso las criadas de los mesones lo evitaban. ¿Qué hacía esa familia cruzando el país en plena guerra? Eran personas de calidad, dedujo, pues poseían coche propio y conservaban los caballos, sin olvidar que viajaban al amparo de los franceses, aunque estos los hubieran dejado rezagados. El Torancés lo había olido; en caso contrario no se habría arriesgado a secuestrar a una de las jóvenes.

Y volvió al punto de partida. La mujer, ligera, de piel blanca, cabellos caoba y bellísima, le había recordado los años en los que señoritas como ella se lo disputaban cuando lucía el uniforme de oficial de Marina, apuesto y con la gracia de la juventud. No sería el primer militar tullido que se quedaba solo, al amparo de la familia, aunque a él ni esa compañía le había sido concedida: una epidemia de cólera acabó con dos de sus hermanos; un mal parto, con su

madre y el nonato, por lo que su padre lo envió a Cádiz, y tres años después le informaron de su muerte a causa de unas fiebres tifoideas. Él mismo, primogénito de la familia Bustamante, hidalgo del solar de Mogrovejo, había estado a punto de no contarle en Trafalgar.

Uno de sus compañeros comenzó a resollar, ya que no se podía considerar ronquido el ruido que producía, y el aullido de un lobo llenó la soledad nocturna. Las estrellas titilaban en un cielo despejado e iluminaban el silencioso manto de nieve tardía. La helada de la madrugada sería dura. Y otra vez el rostro de la mujer. ¿Qué sucedió realmente para que se arriesgara a huir? ¿Se propasaría el hombre que la llevaba? Y ella le disparó. ¡Increíble! ¡Qué valor! Si no la hubiera encontrado, habría muerto. Estaba al borde de la extenuación y no habría sobrevivido a la noche, aunque eso estaba todavía por ver. Igual, al final, sí que le costaba la vida su osadía y, si sobrevivía, ¿qué haría con ella? No podían quedarse allí, y tampoco podía dejarla con Engracia; no sería justo para la mujer cargar con un enfermo. Su familia ya habría llegado a Santander, y estarían preocupados por su suerte. No le quedaba otra alternativa que acogerla en Mogrovejo y esperar a que se recuperase para trasladarla a la capital. Cuando fuera posible, enviaría una nota al hermano comunicándole su estado.

La guerra, siempre la guerra trastocando el curso de la vida... Francia, España e Inglaterra, aliadas y enemigas alternativamente, ¿podrían vivir en paz algún día? Conocía muy bien la historia, y no recordaba la mera convivencia entre las tres potencias europeas. Hacía tan solo cinco años que había luchado en Trafalgar junto a los franceses contra los ingleses. Ahora, los ingleses eran los aliados y él luchaba contra los franceses. Y mañana...

Una patada lo despertó. Abrió los ojos y notó que el cielo clareaba. Se incorporó y vio a Engracia, que destacaba sobre la nieve, envuelta en sus ropajes oscuros y aumentados por los refajos con los que se abrigaba. Ella lo había despertado. Recordó de golpe a la mujer y se levantó lo más rápido que le permitieron los miembros entumecidos. No le hacía mucha ilusión entrar en la cabaña llena de humo de leña, pero siguió a la labriega hasta el interior. Aguantó el golpe de calor y se agachó junto a la joven, a la que encontró vestida. La cara congestionada y el sudor revelaban la calentura.

—¿Ha despertado?

—No, pero tragó. Es la fiebre la que atrapa su mente. Cuando llegan soldados, me escondo en las brañas. No puede quedarse.

—Comprendo. Gracias por sus cuidados y por secarle la ropa.

Engracia hizo un gesto vago con la mano y se acercó a la pequeña chimenea en la que humeaba una olla.

—Tomen caldo para calentar el cuerpo antes de partir.

—Gracias, muy considerado de su parte. No sé qué habrán capturado, pero le haré llegar un poco de harina.

Engracia no realizó un afectado rechazo. El orgullo quedaba relegado ante el hambre que imperaba en la zona.

Ayudaron a Alfonso a subir a la joven delante de él e iniciaron el regreso al valle de Liébana por el puerto de Piedrasluengas. Al llevarla recostada sobre el pecho y entre los brazos para que no se cayera, notaba perfectamente cuando recobraba, más o menos, la consciencia. El aire helado de la montaña le había bajado la temperatura lo suficiente como para que recuperase algo de lucidez.

—¿Quién es usted? —le oyó preguntar en una ocasión.

—Teniente de navío Alfonso Bustamante, para servirla. Formo parte de la División Cántabra acuartelada en Potes. Somos una partida de militares, o de guerrilleros, como prefiera llamarnos, que nos oponemos a los intrusos.

Ante la falta de respuesta, no estaba seguro de si se había enterado de que se encontraba en manos amigas. Haciendo malabares con una mano, se retiró un guante con ayuda de los dientes y la posó en la frente de la muchacha: seguía caliente, pero no ardía, y eso era bueno. Con la misma dificultad se calzó de nuevo el guante.

En el puerto de Piedrasluengas se detuvieron para descansar y cambiar de caballo. Lo ayudaron a bajar a la mujer, quien parecía lúcida, pues fue capaz de mantenerse sentada sobre un peñasco. Sacó una cantimplora con agua y se la ofreció al tiempo que se acuclillaba delante de ella. Era la primera vez que lo veía de frente y notó el temor de ella por su aspecto. A pesar de que estaba acostumbrado, le molestó.

—No sé si me escuchó antes. Mi nombre es Alfonso Bustamante y formo parte de la división lebaniega. La conducimos a Potes ante la imposibilidad de llevarla a Santander con su familia a causa de su estado y de que los franceses andan un poco soliviantados con nosotros porque les hemos robado el avituallamiento.

—Sí, lo oí. Me siento muy cansada —respondió en un hilo de voz que obligó a Alfonso a aproximarse más para no perder una sílaba.

Ella cerró los ojos, y Alfonso lo interpretó como una forma de no ver el

parche ni la cicatriz que corría desde la cuenca ocular hasta el mentón. Apretó los dientes, frustrado por el rechazo, y se retiró para evitarle el desagradable espectáculo.

Cambió de montura y subieron a la joven de nuevo con él. No se quejó durante el camino, lo que fue de agradecer. La nieve, según descendían al valle, fue desapareciendo. Caía la tarde cuando entraron en Potes y desmontaron ante la puerta de la Torre del Infantado, sede del cuartel general de la División Cántabra o de la partida de los lebaniegos, como los conocían popularmente.

—Avisa al doctor —ordenó a uno de los húsares que lo acompañaban— y tráelo.

Bajaron a la joven, que, apoyada en uno de los soldados de guardia, se mantuvo de pie.

—¡Señor! —llamó Tirso, quien llegaba a la plaza en ese instante—. Me alegro de que haya encontrado a la muchacha.

—Ha cogido frío y tiene mucha calentura.

—¡Vaya por Dios! ¡Qué mala pata! Los hermanos siguieron el camino muy preocupados por su suerte y me dieron su dirección por si no los alcanzábamos. Ha sido una buena captura: harina, lentejas y garbanzos, huevos y varias jaulas con gallinas, sal de La Bureba, patatas...

—Pare, pare, que llevo horas sin comer —protestó Alfonso.

—Ahora le acerco un cuenco a su despacho —ofreció, solícito, el ayudante.

—No, dejaremos a la señorita en el despacho para que disfrute de un poco de intimidad mientras la reconoce el galeno. En cuanto la vea don Hilario, sigo camino a Mogrovejo. Estará mejor atendida y más segura allí que aquí con tanto soldado yendo y viniendo. Pero no rechazo el cuenco; llévelo a su escritorio.

Tomó el relevo para que se asiera a su brazo y la condujo al interior. Su despacho se hallaba en la primera planta. Sin pensárselo dos veces, la cogió en brazos, subió las escaleras y siguió adelante hasta sentarla en la poltrona. La joven no emitió ni un sonido; se abandonaba, falta de ánimo, para imponer su criterio. Alfonso no pidió permiso ni se disculpó, no se encontraban en un salón social, y se imponía el sentido práctico.

—¿Es esta la señorita? —indagó don Hilario desde el umbral.

Era el doctor de la zona lebaniega desde hacía veinte años. Peinaba canas, pero se hallaba ágil y seguía atendiendo el valle. Había perdido peso, como todos, y suplía los medicamentos con las plantas medicinales que producían en

Mogrovejo. Era un lujo para la División contar con su experiencia.

—Sí, pase, por favor.

Se retiró a un lado y aguardó.

—Ya sé que es su despacho, pero ¿no tiene nada que hacer en otro lado?

—Disculpe, me aguarda la comida. No se vaya sin hablar antes conmigo.

—Por supuesto —contestó el galeno.

Tirso le entregó el cuenco de cocido según asomó por la puerta.

—Mañana habrá pan —anunció como si fuera un acontecimiento.

—Estaré en Mogrovejo. Encárgate de que me llegue algo, y también a Engracia, la de la cabaña: le prometí harina a cambio de su ayuda con la mujer. ¿Hay noticias de Porlier o de Asturias?

—No. Y tampoco de nuestro hombre en la capital.

—No me gusta el general Barthélémy. Ha sido una decisión desacertada por parte del general Bonnet el nombrarlo su sustituto como gobernador militar en la ciudad, aunque tampoco es él un santo.

Tirso de la Riva no replicó a algo con lo que estaba de acuerdo. Guardó silencio mientras Alfonso rebañaba el cuenco, indicio de que se había quedado insatisfecho. Antes de que Tirso le ofreciera algo más, oyó la llamada del galeno y salió a su encuentro.

—La calentura ha remitido a causa del frío del viaje, pero volverá. Es un enfriamiento importante. Necesita mucho reposo y cuidados. Insiste en llegar a Santander, pero yo no aconsejo un viaje; no lo resistiría. Escribiré una receta de hierbas para aplicarle en el pecho; le facilitará la respiración. Mucho líquido: sopas, caldos con algo de sustancia, si encuentra con qué —añadió, irónico—; zumos, si consigue fruta, y agua abundante, en pequeñas dosis y constantes.

—La voy a instalar en Mogrovejo, un lugar más tranquilo, y Pepa cuidará de ella.

—¿En ese caserón helado? —criticó don Hilario, dubitativo.

—Acaba de reconocer que el frío ha mantenido la calentura a raya. La abrigaré bien, no se preocupe. Le prometí a su hermano que se la devolvería.

—¿De cualquier manera o salva? —cuestionó don Hilario, mordaz.

—No lo hablamos. Corría prisa seguir la pista —replicó Alfonso con el mismo sarcasmo.

—Si no me requiere ninguna otra urgencia, llevaré la receta en persona y le explicaré el preparado a Pepa —claudicó el galeno, concedor de la tozudez de los Bustamante.

Se despidieron y, al volverse para entrar en el despacho, descubrió en el pasillo a Basilio, un tratante de ganado que solía obtener información sustanciosa. Le indicó que aguardase y entró en el escritorio de Tirso, se sentó y se adueñó del recado de escribir.

—Comentaste que la familia de la mujer te facilitó su dirección. Encarga a Basilio que les entregue esta nota sobre su estado. —La selló con lacre, la dejó sobre la mesa y regresó junto al tratante.

Tras despachar a Basilio, Tirso le echó una mano para trasladar a la mujer hasta el caballo.

—¿No sería mejor un carro?

—No. Ya está oscureciendo y quiero llegar cuanto antes. Un carro nos retrasaría: demasiado lento.

La ayudaron a subir y a acomodarse delante de él, en esta ocasión con un capote militar por encima de la capa de ella para resguardarla de la humedad.

—¿Vamos solos? —preguntó la joven, inquieta.

—El valle es seguro y no está lejos. Aquí no hay bandoleros ni franceses, no se preocupe.

Emprendieron el camino bajo las estrellas y sobre un fino manto de cristal, efecto de la helada. Liébana disfrutaba de un clima benévolo, resguardado por los montes de los vientos desapacibles. En las cumbres se quedaba el frío mientras que la primavera entraba de lleno en las hondonadas, donde ya había concluido el deshielo. No la veía de tan tapada como iba, pero notaba las formas de su cuerpo. Casi mejor, pues le turbaba cómo un rostro tan perfecto observaba el suyo tan maltratado.

3

Mercedes solo deseaba dormir, y que cesaran el movimiento y el dolor en el pecho. Oyó en la lejanía la voz de su desfigurado compañero de viaje, notó que la apretaba y que la cogía en brazos al bajar del caballo. Si abría un poco los ojos, la oscuridad la cercaba. Voces, un crujir de madera y el resuello del militar. Sintió unas manos que la liberaban de las capas, del chal de la cabeza y de las botas. Carecía de fuerzas para impedir que siguieran desvistiéndola, y, con alivio, comprobó que la tendían sobre un colchón de verdad y que la tapaban. ¡Qué descanso! Por fin calor, quietud y silencio. Dormir.

La luz del día le lastimaba los ojos, sombras, unas manos que la incorporaban, la obligaban a abrir la boca y a tragar un líquido caliente con un fuerte sabor a ajo. Solo quería descansar. Suspiró cuando dejaron de molestarla y la tendieron de nuevo. Dormir. Un olor a tomillo, a laurel, a campo le llegaba de algún sitio, sentía una opresión en el pecho. Oscuridad, el sonido de una respiración cercana, calor, las sensaciones se sucedían sin orden, de forma inconexa, abrumadoras, relajantes a ratos, entre nieblas, iban y venían. El rostro desfigurado se mezclaba con el de una mujer de pelo entrecano, estirado y recogido en un moño. Olores a campo, frío y calor.

Abrió los ojos y una tenue claridad los hirió. Sin moverse, recorrió con la mirada la desconocida estancia en la que se encontraba. Era un lugar agradable con paredes de mampostería y un zócalo de madera oscura hasta media altura. Unas robustas vigas de roble atravesaban el techo encalado. Reconoció una construcción sólida y noble. Examinó la cama con dosel sobre la que yacía, las sábanas de fino lienzo que la resguardaban de la aspereza de varias mantas de lana y apreció el colchón bajo el agotado cuerpo. Ya no sentía calor a pesar del abrigo. Movié con cautela una mano y se la llevó al pecho, sobre el que sentía el peso, y tropezó con un emplasto envuelto en una tela. *Una cataplasma*, se dijo; *de ahí el olor a hierbas, a campo*. Comprobó que le habían puesto un camisón.

Para continuar con el reconocimiento, giró la cabeza y descubrió que no estaba sola: sobre un largo sofá de estilo imperio dormía el inquietante salvador. Un marino, creyó recordar. Le daba la espalda, así que siguió con su